

EN TORNO A LA ORACIÓN: “PERMITIR QUE DIOS SEA DIOS”

Dr. Román Sánchez Chamoso OD*

ABSTRACT:

The topic of prayer is not adequately taken into account in academic theology and as a key matter in our christian life. Let us allow God be God. This target is obtained through a contemplative attitude in which God reveals himself as He is; let us assume also an attitude of openness to the Holy Spirit, in order to receive His help on how to pray.

KEY WORDS:

Prayer, Theology, Contemplation, Spirit, Christian Life.

Abrimos este trabajo comentando el subtítulo. Quizá en nuestra oración ordinaria nos falta tener presente esta idea, y por ello debemos pedir esta gracia que viene “*de lo alto*”. Hay que “dejar a Dios ser Dios”.

Más de uno se preguntará: ¿Qué tiene que ver el subtítulo con el tema de la oración? Éste va a ser precisamente el núcleo de nuestro trabajo. De momento, aduzco una razón para abordar este tema: al hombre, también al orante, le resulta extraordinariamente difícil entender que “solo Dios es Dios”, y, por tanto, aceptar que hay que “permitir que Dios sea Dios”, y éste es precisamente el punto neurálgico del tema de la oración en cuanto que es diálogo con el “totalmente Otro” y esencialmente “*invisible*”.

* El Dr. Román Sánchez Chamoso, Operario Diocesano, nació en un pueblo de Salamanca, fue ordenado sacerdote en 1965. Es licenciado en filosofía eclesial (1960) y doctor en teología por la Pontificia Universidad de Salamanca (1977), y licenciado en filosofía y letras por la Universidad Central de Madrid (1968). Ha enseñado en varios centros eclesialicos, como la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología de Burgos, Centro de Estudios Religiosos de Aragón, Universidad Santa Rosa y en nuestro ITER. Entre sus cargos directivos están el de Rector del Colegio Mayor «Maestro Ávila» de Salamanca, del Seminario Metropolitano de Zaragoza y del Centro de Estudios «Monsén Sol» de Caracas, además de Secretario General de la U.P. de Salamanca y Director del Programa de Teología para Laicos y de la revista «Labor Theologicus» de la Universidad de Santa Rosa. Desde 1992 se vino a Venezuela, donde colabora sobre todo en la formación teológica de nuestra iglesia local, de clérigos, religiosos y laicos. Actualmente es Bibliotecario del Seminario en Ciudad Bolívar. Correo electrónico (nuevo): schamoso34@hotmail.com

Este trabajo se debe inmediatamente a haber caído en mis manos un librito que me llamó poderosamente la atención¹. Aborda un tema importante apenas tenido en cuenta por la teología académica, pero muy significativo para la praxis de la vida cristiana. Vamos a ocuparnos del tema desde la perspectiva concreta de la oración cristiana, porque desde esta óptica se resalta más todavía tanto la importancia del tema en sí como las consecuencias negativas que tiene su olvido para la vida cristiana.

Avanzamos de entrada que o es un tema fácil, por lo que debemos abordarlo con humildad y cautela.

I. UNAS PINCELADAS SOBRE LA ORACIÓN, CON DIOS AL FONDO

1.1. La oración es difícil. Causas

Comencemos reconociendo que la oración genuina es difícil.

No basta con afirmarme en mi fe en Dios, sino que, en relación con él, nos debemos preguntar: ¿En qué Dios creo? Ésta es una de las cuestiones de fondo de la genuina oración cristiana, de donde la necesidad y pertinencia de hacernos tal pregunta; sin ese interrogante, fácilmente nos avocamos a una oración deficiente.

Analicemos las raíces de la dificultad de la oración.

+ La oración es un diálogo interpersonal², dos personas que se comunican de tú a tú, pero una de ellas es el “totalmente Otro”, o sea, hay una radical asimetría en esta relación dialogal.

+ Ese “totalmente Otro” es, por su naturaleza “invisible” (Col 1, 15), fuera del alcance de los medios humanos de conocer. El cuarto evangelio subraya enfáticamente que “a Dios nadie lo ha visto jamás” (1, 18; cf. Éx 33, 20; Jn 6, 46), y podemos añadir que nadie le ha oído.

+ ¿Cómo, por tanto, puede el hombre hablar de Dios o hablar con Dios? Tiene que hacerlo recurriendo a la “economía de las mediaciones”, a un procedimiento del conocimiento indirecto, por medio de representaciones (imágenes, ideas, figuraciones...) humanas sacadas de la experiencia; éste es el único modo que tiene el hombre para relacionarse con Dios, mediante o a través de las cosas creadas experimentables, o sea, no de modo directo, sino en oblicuo.

¹ C. G. Vallés, *Dejar a Dios ser Dios. Imágenes de la divinidad*, Sal Terrae, Santander 1997

² Éste es el nervio de la espiritualidad cristiana. Y es sumamente gratificante para un hombre que ha sido definido como “incurablemente solitario” (M. Légant, *El hombre en busca de su humanidad. El cumplimiento humano I*, Asociación Marcel Légant, Madrid 2001, 114)

1.2. Valor y límite de las mediaciones; la idolatría siempre al acecho

Detengámonos en este punto, porque aquí precisamente se esconde un “peligro” y una “trampa” que nos acecha y en lo que fácilmente caemos, resultando así una concepción deficiente de la oración.

Las mediaciones, toda mediación es tránsito o camino por el que se pasa para llegar a una meta; el “peligro” o la “trampa” reside en que hagamos meta lo que es simplemente camino. Éste es el caso de nuestras representaciones (mediaciones) de Dios (meta) Toda mediación es relativa respecto de algo que es absoluto, y éste solo es Dios. Pues bien, lo que nos pasa con frecuencia es absolutizar lo relativo, con lo cual lo desfiguramos, se impide “permitir que Dios sea Dios”.

Y eso ocurre entre nosotros, como lo ha reconocido la Iglesia en el concilio Vaticano II, al denunciar las consecuencias negativas de nuestras “expresiones inadecuadas”, que no expresan el verdadero rostro de Dios: “En esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes en cuanto que, con la exposición inadecuada de la doctrina, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19)

Las representaciones o figuraciones humanas de Dios están expuestas al error sobre Dios, por lo que hay que guardar la debida cautela. Ya san Justino, en el siglo II, lanzó la seria advertencia: “Quien cree que conoce realmente a Dios está rematadamente loco”,³ y san Agustín cierra su obra magna sobre la Trinidad reconociendo que no ha acertado a descifrar quién es Dios debido a la insuficiencia del lenguaje humano, y que solo la visión, “cuando arribemos a su presencia, cesarán estas muchas palabras que ahora hablamos sin entender”⁴. Llega a decir el Obispo de Hipona que si decimos algo sobre Dios es “para no estar callados y mudos ante él”, confesando así la indigencia extrema de nuestro lenguaje.

¿La sospecha sobre estas representaciones humanas no podemos verlas ya en el trasfondo del AT cuando prohíbe taxativamente hacer imágenes de Dios? Esto daba paso fácilmente a la idolatría, a esa tendencia del hombre a fabricar sucedáneos de Dios. Para el AT, el problema no era tanto el ateísmo como la idolatría. Reconozcamos que ésta ha estado y está siempre al acecho porque el misterio le resulta insoportable.

³ Solo conoce a Dios aquel a quien Dios se lo concede. Dice san Justino: “Nadie puede ver ni comprender si Dios y su Cristo no le conceden comprender” (*Diálogo con Trifón*, VII, 3)

⁴ *De Trinitate*, Lib 15, 28, 50.

1.3. Ejercicio de discernimiento: orar y rezar

Antes de seguir en nuestra exposición, abramos un paréntesis para hacer un discernimiento clarificador: no es lo mismo orar que rezar.

Orar implica ese diálogo que uno (el orante) entabla con Otro (Dios). Por su parte, rezar consiste fundamentalmente en recitar (explícita o implícitamente) unas fórmulas u “oraciones”; orar supone siempre una actuación explícita y consciente, mientras que rezar, en cambio, se puede hacer (tantas veces lo hacemos) mecánica y automáticamente, por ejemplo, recitando el padrenuestro, el rosario, el magnificat..., fórmulas grabadas en nuestra memoria que pueden ser actualizadas por la simple costumbre o rutina. Por tanto, no es lo mismo ser “hombre de oración” que “hombre rezador”, como no es lo mismo un “libro de oración” que un “libro de oraciones (rezos)”. De ordinario, son los reos los que dominan nuestra vida orante; he aquí un interesante punto de reflexión y de posible conversión en materia de oración

1.4. Diversas formas de no “dejar a Dios ser Dios”

Pasemos ahora a considerar lo que implica “permitir que Dios sea Dios”, y lo difícil que resulta para el hombre. Procederemos describiendo dos actitudes que no cumplen con este requisito.

1.4.1. El ateísmo científico dominante en nuestra sociedad

El ateo científico actual, al rechazar a Dios, lo que rechaza es una imagen que se ha formado de Dios, y es posible que, si hubiera sabido a tiempo que había otras imágenes y las hubiera aceptado y vivido de antemano, no habría llegado a la negación de Dios. Por tanto, un buen servicio que podemos prestar al ateo de hoy es ampliar y purificar su concepto de Dios. ¿No habría que decir a muchos ateos que la imagen de Dios que rechazan no es la imagen del verdadero Dios, sino una imagen que ellos se han formado? Más aún, podemos decirle que el Dios revelado por Jesucristo es un Dios iconoclasta, que hace saltar por los aires toda imagen creada por el hombre, que no es más que un ídolo o sucedáneo de Dios. Quizá conviniera que se rompieran tantas imágenes para dar lugar a otras más dignas y exactas. La mejor manera de contrarrestar al ateísmo es entender mejor a Dios, pues toda manifestación del ateísmo, como veremos enseguida, lleva en sí una comprensión defectuosa de Dios.

Es fácil descartar lo que representa una imagen o ídolo que uno se ha fabricado (en realidad es lo que hace el ateo), sobre todo cuando esa imagen nos parece que es inútil. Con Máximos IV, padre oriental en el concilio Vaticano II,

podemos decir los verdaderos creyentes cristianos: “Yo tampoco creo en el dios en que los ateos no creen”.

El humanismo ateo actual⁵ tiene unas deliberadas connotaciones seculares y originariamente antirreligiosas, si no ateas. En este ateísmo no hay espacio para Dios. El hombre toma conciencia de sí mismo y se arroga la facultad de ser el creador de sí y del mundo. El hombre es la medida de todas las cosas y el supremo valor. A la negación de Dios sigue el hombre como el único absoluto; Dios y hombre se excluyen, no pueden coexistir, Dios impide al hombre realizarse a sí mismo y encontrarse como hombre. Ésta es en síntesis la postura de los llamados “maestros de la sospecha”, que presentamos sucintamente a continuación.

Nietzsche. Recurre a la imagen de la corriente de agua que desemboca en el mar y así se pierde a sí misma, es tragada por la inmensidad del mar. Solo si deja de fluir hacia ese mar (que es Dios) consigue el hombre ser algo y realizarse. Nietzsche trata de desenmascarar al Dios de la religión, el origen de esta empresa es el resentimiento del débil ante el fuerte. Ahora se invierten los valores: el débil (el hombre) se vuelve fuerte, el impotente en omnipotente.

Feuerbach. Invierte la tesis teológica y reduce la teología a pura antropología. Dios es una proyección del hombre, la creación de un ser superior porque no está conforme con la experiencia de los límites de su contingencia. Por tanto, no fue Dios quien creó al hombre sino el hombre el que crea a Dios a su imagen.⁶ Dios es la esencia del hombre instalada fuera del hombre pues es simple proyección humana.

Marx. La religión es la expresión de la miseria humana, un consuelo ilusorio del hombre que pretende hacer olvidar su miseria (“Opio del pueblo”). La crítica de la religión es la crítica del valle de lágrimas.

Freud. Traslada el tema al campo de la psicología. La religión nace del deseo de protección de un hombre desvalido e infantil, que, para superar el miedo, crea el lenguaje (máscara) bajo el cual encubrirse. La religión es definida como “neurosis infantil”, y Dios como una proyección compensadora del sentimiento de desamparo. Por tanto, el hombre religioso vive en una mera ilusión.

Sartre. El hombre no depende de alguien superior, está a merced de sí mismo, mejor, está abandonado a sí mismo, es un proyecto que no sale de la

⁵ Cf. B. Grooth, “Humanismo ateo”, en R. Latourelle-R.Fischella-Pié Ninot, *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid 1992, 600s.

⁶ El hombre es endiosado. Se cumple aquí extrañamente la tentación de la serpiente a los primeros padres en el paraíso: “*Seréis como dioses*” (Gén 3, 5)

cárcel de sí mismo. No existe más mundo que el del hombre; lo decisivo es que el hombre debe encontrarse a sí mismo, no que Dios exista.

Denominador común de los padres del ateísmo científico actual: Dios es un producto humano; se ha dado una inversión total del planteamiento: de Dios creador del hombre se ha pasado al hombre creador de Dios⁷.

El no creyente se enreda en un sinfín de preguntas, pero no rebasa sus propios límites, no concede salida alguna hacia alguien superior al hombre. Los “maestros de la sospecha” ven al hombre amenazado, oprimido ante la propia existencia y, en esta situación, este hombre tiende a asegurarse a toda costa y para ello recurre a la religión. En realidad lo que descarta el ateo es el único camino válido para llegar a Dios que es el camino de la fe⁸, la decisión y opción libre de establecer con Dios una relación creatural o una relación filial⁹.

No pasemos por alto un dato que no siempre se tiene en cuenta: tanto el creyente como el no creyente son tales por una opción, ni uno ni otro se puede basar en una demostración o evidencia¹⁰. Porque tampoco la increencia pueda ser demostrada¹¹.

Los “maestros de la sospecha” rechazan al Dios de los creyentes, cuando en realidad lo que rechazan y condenan es su propia representación o modo de concebir a Dios. Hay que desenmascarar esta situación, separando los significados concretos y confesados de los reales aunque inconscientes. La historia, desde el AT, nos muestra que el hombre fabrica ídolos que exigen

⁷ Pablo VI lo expresó certeramente en el discurso de clausura del concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965) describiendo el humanismo ateo y profano: “La religión de Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión –porque tal es- del hombre que se hace Dios” (n. 8) El Papa hace con esta intervención la primera interpretación magisterial del concilio, y en el texto referido resume la doctrina conciliar al respecto. Para ver la actitud global del Vaticano II ante el ateísmo, cf. GS 21 y, sobre el humanismo ateo, cf. GS 24.

⁸ Aquí está la verdadera clave, La fe es el único camino para llegar al Dios vivo y verdadero, al revelado por Jesucristo. “Nadie jamás ha visto ni ha conocido a Dios, pero él ha querido manifestarse a sí mismo. Se manifestó través de la fe, que es la única a la que se concede ver a Dios”(Carta a Diogneto, 8,5)

⁹ Ofrecemos unas ideas sobre el papel de la fe sugeridas por M. Légant en su obra *El hombre en busca de su humanidad*. El cumplimiento humano I, Madrid 2001: El hombre llega a “vislumbrar solo en la oscuridad de la fe” (p. 316) En el pasado, “hay recuerdos imborrables que mantienen su eficacia espiritual cuando puede revivirlos, auténticas semillas” (p. 318) de una vivencia gratificante. El hombre está seguro de que Dios no le negará los recursos necesarios. “La luz de la fe es cada vez más tenue por su creciente exigencia de pureza” (p. 322). Esta ayuda de la fe y pertenece a “un orden distinto por completo de lo que el hombre puede o bien obtener como técnica o bien adoptar como sabiduría o bien amar como ideal” (p. 322) Esa fe es el “solo que reaviva las brasas cubiertas por las cenizas y hace surgir nueva llama” (p. 324)

¹⁰ Cf. P. M. Lamet, *Diez-Alegría. Un jesuita sin papeles*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid 2005, 399-403

¹¹ Si tanto la fe como la increencia son en definitiva una opción que hace la persona, a este nivel una y otra se identifican. Por eso, a la increencia se le ha podido llamar “fe invertida” (Cf. C. Izquierdo Urbina, *Teología Fundamental*, EUNSA, Pamplona 2002) Resulta sorprendente esta afirmación: “Todas las ideologías, incluidas las más arreligiosas o antirreligiosas, han heredado, por asentimiento o por rechazo, algo de lo que el Maestro fue a los ojos de sus discípulos, de lo que de él contaron y de lo que sobre él edificaron” (M. Légant, *O. c.*, 330)

adoración porque creen que representan al absoluto, y tratan con ello de sustituir con sucedáneos al Dios vivo y verdadero revelado por Jesucristo. El ídolo es la antítesis de Dios, es una personificación de “no dejar que Dios sea Dios”. Por eso, Jesús y su doctrina (lo veremos al considerar el padrenuestro) es iconoclasta, derriba ídolos que quedan hechos añicos.

1.4.2. “Ateísmo cristiano”

Esta expresión resultará sin duda extraña para muchos por lo que conviene dar una explicación. No tiene nada que ver con el “ateísmo cristiano” de E. Bloch¹², ni tiene que ver con el ateísmo propugnado por la “Teología de la muerte de Dios”, que se refiere a un ateísmo sociológico, o sea, a la ausencia progresiva de Dios en nuestra sociedad.

Aquí nos referimos a un fenómeno que se da con demasiada frecuencia en el seno de nuestra oración creyente y católica, que recurre a una idea de Dios que no deja de ser hechura humana.

Hay crisis en la vida de fe de muchos creyentes derivada precisamente de que se les ha quedado pequeño y les resulta incómodo y molesto un traje del que no podían despojarse, porque no tenían otro ni creían que pudiera existir. Toda crisis de fe es crisis de concepto de Dios y, por eso, sanear ese concepto es robustecer la fe. Hay que renovar y purificar la idea de Dios en la mente de los que creen en Dios para que crean mejor y puedan superar las crisis inevitables a que nos llevará tantas veces el modo habitual de orar.

Podemos decir que el creyente recurre a representaciones de Dios (v. gr. santo, sabio, justo, poderoso...., tomadas de nuestra experiencia intramundana) a las que se aplican las calificaciones más elevadas, e incluso se llega a decir que son trascendentes o que rebasan la esfera de lo intramundano; son esas representaciones humanas de lo santo y lo divino, y que hacemos a esas mismas representaciones santas y divinas, o sacrosantas, siendo como son imágenes y creaciones humanas, pero nuestra imagen o representación de la divinidad y de la santidad no es ella misma santa y divina.

Aquí se esconde la “trampa” o “peligro” que no siempre sabemos esquivar, porque si la oración es esencialmente un diálogo con el Otro, y ese dialogante es una representación creada por el creyente, en realidad la oración se reduce a un diálogo del hombre consigo mismo, no con el Otro, con Dios.

Tanto lo expuesto sobre el “ateísmo científico” como sobre el “ateísmo cristiano”, aunque por distinto camino y con diversa intencionalidad, no

¹² “Solo un ateo puede ser un buen cristiano, pero, a su vez, solo un cristiano puede ser un buen ateo”, citado por R. Latourelle-R. Fisichella-Pié Ninot, *Diccionario de Teología Fundamental...*, 600s.

“permiten a Dios ser Dios”, pues se trata en definitiva de un producto del hombre, sea éste creyente o no creyente.

Con estas concepciones de Dios, el verdadero Dios revelado por Jesucristo resulta incomprensible, más aún, es iconoclasta; las rechaza porque no dejan espacio al “totalmente Otro”, o sea, a algo muy distinto de nuestras representaciones. El Dios revelado por Jesucristo se automanifiesta por pura gratuidad (Cf. 1 Cor 4, 7; Is 55, 1; Mt 6, 8; Ef 1, 8s.), nada ni nadie puede obligarle a hacerlo. Luego la concepción revelada de Dios hecha por Jesucristo es pura gracia. Así lo proclama el concilio Vaticano II: “Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad” (DV 2)

1.5. Solo Dios puede decirnos qué y quién es Dios, mediante el papel revelador y protagonista de Cristo.

Y Dios ha hablado, revelándose al hombre. Por tanto, tendremos una idea correcta de Dios si le escuchamos, dejándole decir quién es, abriéndonos a la gratuidad. Esto presupone que Dios tiene la primera palabra, que es suya la iniciativa para que el hombre llegue a saber algo de él. Pero supone también, lógicamente, la superación de las imágenes humanas que, como hemos indicado, podemos a veces hacerlas pasar por “santas” y “divinas”.

Conocemos a Dios gracias a la revelación de Jesucristo. Dios es “invisible”, pero ha adquirido visibilidad humana: “Cristo es la imagen de Dios invisible” (Col 1, 15), Cristo es la única imagen verdadera de Dios Cf. 2 Cor 4, 4), “la gloria de Dios se refleja en el rostro de Cristo” (2 Cor 4, 6) “Felipe, quien me ve a mí ve al Padre”. Podemos decir que Cristo es “Dios en persona” que nos habla de Dios, como expresó ya la primera teología cristiana: “El Padre se mostró a sí mismo, hecho visible y palpable en la persona del Verbo” (San Ireneo). Cristo es la “Palabra de Dios hecha carne” (Jn 1, 14; cf. Jn 10, 33), o sea, se hizo lenguaje humano, gracias al cual Dios pudo hablar al hombre en el lenguaje de éste.

Hay que situar y entender a Cristo en la “economía de las mediaciones” para llegar a Dios. Cristo es mediación, pero, a diferencia de lo visto sobre las mediaciones y representaciones humanas, es el Mediador por antonomasia: “Único es el Mediador entre Dios y los hombres: un hombre, Jesucristo” (1 Tim 2, 5) Mediador, por tanto, del todo peculiar, mediador que no es hechura humana, sino que es un ser divino por naturaleza, no proclamado divino como hacemos los hombres con algunas de nuestras representaciones de Dios. Pero es un ser divino no cerrado sobre sí mismo, (aunque “todo fue creado para él”: Col 1, 16), sino que Jesucristo está esencialmente abierto a Dios, supeditado a

Dios, en función de Dios, y al que al final “*entregará el reino a Dios su Padre*” (1 Cor 15, 24) El proceso lo trazó con mano maestra Pablo describiendo un panorama grandioso: “*Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios*”.

Todo esto deja patente que Cristo “deja que Dios sea Dios”, no usurpa el lugar de Dios. Hay que recordar que la genuina teología es teocéntrica (Dios como centro, núcleo, meta) no cristocéntrica, aunque para hacerla teocéntrica necesitamos la senda trazada por Cristo; en resumen, la teología es teocéntrica pero cristológica, o sea, Cristo es el revelador y el camino para llegar a Dios.

Solo puede hablarnos con exactitud de Dios el que conoce a Dios. Cristo es el revelador del invisible, pues “*nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Jn 11, 27), este Hijo revelador del Padre es avalado por el mismo Padre: “*Éste es mi Hijo amado en quien me complazco, escuchadle*” (Mt 17, 5) De todo esto se deduce que solo es correcta la concepción de Dios hecha por el Hijo, lo que desautoriza toda representación divina procedente del hombre.

Por eso, debemos seguir de cerca la actitud y la actuación de Jesús respecto de Dios: para él, “solo Dios es Dios”, “deja a Dios que sea Dios”. ¿Cómo? Vamos a indicar algunas pistas:

+ Dios es el único digno de adoración. Jesús responde al tentador: “*Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y solo a él darás culto*” (Mt 4, 10; cf. Lc 4, 8; Dt 6, 13) Cantamos en la liturgia: “No adoréis a nadie, a nadie más que a él”.

+ Actitud constante de total sumisión a la voluntad del Padre, desde el primer momento de su entrada en el mundo (Cf. Heb 10, 5s.) hasta en el momento de la máxima tribulación (Cf. Mt 26, 39.42; Lc 22, 42) y en el último instante al expirar en la cruz (Cf. Lc 24, 46).

+ Declara unas prerrogativas exclusivas de Dios: sólo él es padre: “*No llamarás padre a nadie en la tierra*” (Mt 23, 9); sólo él es bueno (Cf. Mt 19, 17); sólo él es perfecto (Cf. Mt 5, 48); sólo él es digno de ser servido (Cf. Mt 6, 24)

Más adelante detallaremos más esta actitud de Cristo ante Dios al considerar a Cristo orante y, sobre todo, en el padrenuestro.

1.6. Salmos: pauta segura de la oración del creyente

La oración del pueblo creyente contenida en los salmos enfatiza la trascendencia y altura de Yahvé sobre todo lo creado, dejando así a salvo el claro monoteísmo que gira en torno al único Dios. Más aún, los “sucedáneos de

Dios" (ídolos), como hechura de mano humana, son desplazados de forma que no puedan hacer sombra a Yahvé, pues "solo Yahvé es Dios", el santo, el único, el supremo.

Podemos señalar tres claves principales con las que los salmos muestran y confiesan la única soberanía de Dios: la alabanza, la súplica y la acción de gracias¹³.

En la gran tradición oracional de los salmos hay algunos señeros, como el 150, último del psalterio, todo él un himno de alabanza a Dios. Puede añadirse el salmo 135, una ininterrumpida acción de gracias, un libreto en el que la letra la ponemos nosotros ("*Da gracias al Señor...*" por los beneficios recibidos) y la música la pone Dios ("*Porque es bueno, porque es eterna su misericordia*") Cf. Sal 117

Dentro de los géneros literarios, en los himnos del AT, "el signo más característico es la alabanza a Dios"¹⁴, y, junto con la alabanza, la acción de gracias¹⁵. Desde Moisés (Cf. Éx 15, 1-21) hasta el libro de Daniel (3, 24-45.52-90) dominan claramente la alabanza a Dios por su grandeza y la acción de gracias por sus "*marabilia*", por citar pasajes señeros del AT; el pueblo creyente y orante muestra esta actitud ante Yahvé con la enumeración profusa de los motivos que inspiran la alabanza y la acción de gracias que solo a Dios se puede tributar. Ésta es una línea de oración que se prolonga en el NT con el canto de María, de Zacarías y de Simeón (Cf. respectivamente Lc 1, 47-55; 1, 68s.; 2 29-32)

En los salmos, como "libro de oración del pueblo creyente", se confiesa reiteradamente la gratuidad del conocimiento de Dios; si accedemos a él, es porque él se abre en pura acción graciosa, o sea, es una gracia; solo se puede acceder a Dios escuchándole y experimentándole. Si ninguna representación o idea humana de Dios puede expresarlo, nuestro conocimiento correcto de él es gracia, pura gratuidad. Esta gratuidad reconocida por el orante desemboca en petición confiada y lleva al abandono, que es la idea fundamental de la oración genuinamente cristiana.

II. JESÚS ANTE DIOS EN LA ORACIÓN

Para que nuestra oración sea inequívocamente cristiana tenemos que poder decir de ella que es "al modo de la oración de Cristo", o sea, que Cristo orante es el espejo indiscutible de oración, espejo en el que debemos minarnos.

¹³ Cf. *Biblia de América*. Vocabulario bíblico, voz "acción de gracias"

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Cf., entre otros, los salmos 112, 136 y 137.

Orar como Cristo oró implica “permitir que Dios sea Dios” y proclamar que “solo Dios es Dios”.

2.1. Jesús orante

En la oración de Jesús encontramos unas formas de orar que sobresalen y que nos ponen en la pista de lo que podemos llamar la oración de Jesús, ¿Cómo oró? Destaquemos algunas formas:

- a) Oración de alabanza. Sin duda que también Jesús recurrió a las fórmulas de alabanza tan frecuentes en la oración oficial de los salmos. Pero nos interesan, sobre todo, los pasajes del NT en los que se resalta la alabanza en boca de Jesús: prorrumpe en alabanza al Padre por la revelación hecha a los pequeños (Cf. Mt 11, 25) El mismo Jesús confiesa la gloria que ha dado al Padre al cumplir la obra que se le encomendó (Cf. Jn 17, 4) Jesús habla de la glorificación del Padre por parte del Hijo (Cf. Jn 17, 1). En un momento cumbre de su vida “*pronunció la bendición*” (Mt 26, 26) antes de repartir el pan a sus discípulos en la última cena. Vemos cómo se muestra a Jesús “*elevando los ojos al cielo*” como gesto orante significativo que precede a sus milagros.

La vida entera de Jesús es un canto de alabanza y fidelidad al Padre, que sin duda impresionó a sus discípulos cuando le vieron orar.

En Jesús encuentra también el hombre, como “sacerdote de la creación”, el estímulo para arrastrar consigo todo lo creado en una acción cósmica de alabanza (Cf. Dan 3, 56-90)

- b) Oración de acción de gracias. Tema muy relacionado con el anterior, de forma que, con frecuencia, se consideran como diversas caras de la misma moneda, por lo que frecuentemente se intercambian en la Escritura la alabanza, la bendición y la acción de gracias (Cf. Dan 3, 24-45.52-56)

En la última cena, Jesús tomó el pan y el cáliz “*y después de dar gracias*” (Mt 26, 27; Lc 14, 233; 1 Cor 11, 24) los pasó a sus discípulos. Cuando Jesús considera que había realizado plenamente la voluntad del Padre (“*Todo se ha cumplido: Jn 19, 30*”) y ha llegado “*la hora*” (Jn 17, 1; 2, 4s.) suprema solo quedaba coronar todo con la acción de gracias.

La acción de gracias en la última cena se ha perpetuado en la oración principal de la Iglesia desde el principio: la celebración eucarística; aquí se nos da Dios en sobrealabundancia, por lo que es el momento apropiado para dar gracias, recordando el dicho de san Pablo: “*¿Qué tienes que no hayas recibido?*” (1 Cor 4, 7)

La acción de gracias es especialmente grata a Dios: "*El que me ofrece acción de gracias, ése me honra*" (Sal 49, 23)¹⁶. La Biblia habla del "*sacrificio de alabanza*" como la mejor forma de dar gloria a Dios.

La oración de alabanza y de acción de gracias dirigidas a alguien resaltan su singularidad, su excepcional dignidad e importancia para el orante que alaba y da gracias. En la celebración de la cena instituida por el Señor, hay un reconocimiento y solemne proclamación de una actitud de la que solo el "totalmente Otro" puede ser el destinatario. "Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias", canta la comunidad cristiana orante. Solo Dios es digno de tal reconocimiento.

Sin duda que esta alabanza y acción de gracias al Padre ocuparon el centro de aquellos largos tiempos dedicados por Jesús a la oración, en aquella comunión única entre el Hijo y el Padre, comunión que nos atestigua abundantemente el NT.

Hagamos una breve pausa. ¿La bendición, la alabanza y la acción de gracias son "productivas", cambian la situación, se obtiene por ellas mejoría? De nuevo nos topamos aquí con la comprensión de los hechos para lo que es necesaria la clave de la gratuidad. ¿Tenemos en cuenta y tomamos en serio la "ecclesia orans" y no solo la "ecclesia faber"? ¿No está nuestra oración demasiado gravada por intereses humanos? La gratuidad es una clave de la oración del Señor, el padrenuestro, y allí el "nosotros" prevalece sobre el "yo", rompiendo el egoísmo y adentrándonos en la solidaridad, en la actitud desinteresada.

- c) Oración de total subordinación al Padre. Será difícil encontrar en la Escritura otro lugar en que se resalta más esta oración que en la escena de Getsemaní: "*Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este cáliz de amargura, hágase tu voluntad*" (Mt 26, 42) Aquí se expresa la total subordinación de Jesús a los designios del Padre¹⁷. El evangelista ya había incluido la idea en las palabras del padrenuestro (Cf. Mt 6, 10)

Estamos ante la total sumisión de quien se rinde incondicionalmente ante Dios; se da la total armonía con los planes del Padre, que tantas veces contrastan con los planes humanos. Las últimas palabras de Jesús en la cruz rubrican definitivamente esta sumisión: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc 24, 46) En Jesús, su confianza en Dios se sobrepone a las terribles dolores de su muerte inminente,

¹⁶ También el AT destaca la acción de gracias, un bien ejemplo es el extenso canto de Moisés: Éx 15, 1-21.

¹⁷ Resulta fácil ver un paralelismo en la actitud de María ante la incompreensión del mensaje divino: "*Que me suceda como tú dices*" (Lc 1, 38)

d) Oración comunitaria. Otro rasgo característico de la oración de Jesús es el comunitario. En el padrenuestro, se pasa casi inadvertidamente de la dimensión vertical de la filiación divina (“Padre”) a la horizontal de la fraternidad humana (“nuestro”). No hay “Padre” sin “nuestro” (Mt 6, 9) El Padre al que Jesús invoca es Padre de todos, y una de las mayores satisfacciones de cualquier padre es comprobar la real fraternidad de sus hijos.

La oración que brotó el corazón del Señor y que pronunciaron sus labios lleva en el frontispicio el indeleble el sello comunitario.

La obsesión de Jesús por la comunidad, por la unión de los suyos, es patente (Cf. Jn 17, 21) El Señor realizó la oración suprema de la eucaristía en el marco de una comida comunitaria con los suyos, en torno a una mesa compartida.

Por otra parte, el talante de Jesús manifestado en su praxis vital tiene un claro perfil comunitario, por ejemplo, en la elección, instrucción y envío de los Doce. Podemos decir de él algo ya patente en el AT: que lo comunitario es prioritario, que el pueblo o la comunidad es el principal objetivo de su misión (“La niña de sus ojos”, dirán los salmos) La misión de Jesús se describe como “la reunión de los hijos dispersos” (Jn 11, 11, 52 cf. Jn 10, 16; Col 1, 20) Ha dejado esta herencia a la Iglesia: reconstruir la familia de Dios que está maltrecha. La Iglesia, la “convocada”, la “llamada que llama”, es por naturaleza comunidad orante y, como tal, agente de comunidad.

2.2. Necesitamos aprender a orar

2.2.1. Señor, enséñanos a orar

Jesús es el maestro de oración, hay que asistir a su “escuela de oración”, porque hay que orar como solo él puede enseñarnos.

Afirmábamos al principio que orar no era fácil. San Pablo va más allá cuando confiesa abiertamente que “no sabemos orar como es debido”, por lo que necesitamos al Espíritu “que viene en ayuda de nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar (Rom 8, 26) Es el Espíritu el que rompe nuestra ignorancia y nuestra impotencia para orar como Dios quiere. “Vosotros habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os permite clamar: Abba, es decir Padre, y dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8, 15-16) “Abba”: a nadie se le ocurriría usar con Dios esta

expresión tan familiar y ordinaria, hubiera sido considerado como falta de respeto a Yahvé. Jesús, en cambio, recurre a este vocablo con frecuencia¹⁸.

Jesús se nos presenta como maestro de oración. Al ver orar a Jesús, los discípulos le pidieron: "*Señor, enséñanos a orar*" (creo que es lícito añadir: como oras tú)

Reconstruyamos la atmósfera existencial que dio origen al padrenuestro. Los discípulos de Jesús eran israelitas piadosos, que rezaban sobre todo los salmos como todo el pueblo y las oraciones tradicionales. Cabe preguntarse: ¿oraban o rezaban?¹⁹. Sin embargo, advirtamos que aquí piden a Jesús que "*les enseñe a orar*". Naturalmente es orar de modo distinto a como ya lo hacían, quieren orar como oraba Jesús. Escuchemos: "*Un día estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de los discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar*". Jesús responde a esta petición trazando las líneas básicas de la oración, sin duda reflejando cómo oraba él: "*Cuando oren, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vea la gente. Tú, en cambio, entra en tu habitación y ora a tu padre que está en lo secreto. Y al orar, no hablen mucho como hacen los paganos pues vuestro Padre ya sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis. Vosotros orad así...*" (Mt 6, 5-9), "*cuando oren digan*" (Lc 11, 2) y recitó el padrenuestro. Nace así la oración cristiana por antonomasia, con la impronta directa del Maestro.

En definitiva, se nos dice que si pedimos algo a Dios es que nos enseñe a orar como lo hizo Jesús, no porque Dios desconozca nuestra necesidad, sino porque debemos orar como oró Jesús, y debemos pedir que aumente en nosotros el deseo de progresar en la "escuela de oración de Jesús".

2.2.2. Tradición cristiana

La secular tradición cristiana ha visto unánimemente en la oración del padrenuestro la forma superior y más rica de orar. Abundan los comentarios de los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos a esta oración²⁰. Incluso el

¹⁸ C. G. Vallés, *O. c.*, 41, habla de 170 veces

¹⁹ Sin duda que como todo fiel israelita oraban la *Shemaré Esré* (oración de las 19 bendiciones) y la *Claddish* (oraciones conclusivas de las celebraciones y las demás especies de plegarias rabínicas) Recordemos el pasaje de Hechos: "*Pedo y Juan subían al templo a la hora de la oración, hacia las tres de la tarde*" (3, 1), y esto después de la resurrección del Señor. Los discípulos de Jesús acudirían a orar a las sinagogas los sábados, e incluso se nos dice que Jesús lo hizo (Cf. Lc 4, 16) Y recordemos la parábola del fariseo y el publicano que van a orar al templo (Cf. Lc 18, 10-14)

²⁰ Desde los primeros siglos, se consideró el padrenuestro como un compendio del mensaje de Jesús, en el que expresó su experiencia más radical y profunda de Dios, el "totalmente Otro". Son célebres los comentarios clásicos de Tertuliano, san Cipriano, Orígenes, san Cirilo de Jerusalén, san Gregorio Niseno, san Ambrosio, Teodoro de Mopsuestia, san Agustín, san Francisco de Asís...

Catecismo de la Iglesia Católica termina con una amplia sección sobre la oración del Señor. La Iglesia ve en esta oración el “resumen de todo el evangelio” (Tertuliano), y el mismo autor dice que “la oración del Señor sigue siendo la oración fundamental”, porque es el “corazón de las sagradas Escrituras”²¹. Pero es, ante todo, “la oración del Señor” (*oración dominical*) lo que hace de ella una oración única y hace de Jesús el maestro indiscutible de la oración cristiana. Para lograrlo, se nos ha dado el Espíritu que nos permite llama a Dios: *Padre* (Gál 4, 6) Es, por tanto también la oración por excelencia de la Iglesia y el eje vertebrante de los sacramentos²².

2.3. El padrenuestro nos enseña a “dejar que Dios sea Dios”

Vamos a hacer una lectura de esta oración del Señor y de la Iglesia con una clave que nos muestre claramente el principio de que “solo Dios es Dios”; si la rezamos con el espíritu del que la creó, nos enseñará a “permitir que Dios sea Dios”. Una característica fundamental del padrenuestro es que consiste en un diálogo entablado con Dios, más que una especulación sobre Dios, “la razón de esta oración es siempre la persona del Padre”²³. El padrenuestro es una especie de homenaje a la perdona del Padre²⁴.

2.3.1. Unas palabras introductorias al padrenuestro

Es aleccionadora para nosotros la experiencia de Jesús, a simple vista contradictoria en la expresión del padrenuestro: “*Padre nuestro*” (Dios cercano, amigo, familiar), y “*que estás en el cielo*” (Dios lejano, trascendente, distinto) Inmanente y trascendente, “*uno de nosotros*” (Flp 2, 7) pero con un “*nombre sobre todo nombre*” (Flp 2, 9) Sorprendente: el invisible se hace visible, la invisibilidad del invisible se muestra en Jesús (Cf. Col 1, 15) Pues bien, como tal hay que aceptar a Dios; la paradoja es inevitable, pues hay que aceptar los dos extremos.

Jesús es la clave para armonizar estos extremos y entender esta paradoja. No bastan las categorías de “trascendencia” (es divino, ni en su ser ni en su origen es humano) y de “inmanencia” (es realmente hombre, el “nuestro” del padrenuestro). ¿Es posible la coexistencia y mutua inclusión de ambos aspectos en la misma y única persona? Es posible, pero para entenderlo necesitamos de

²¹ Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2762-2764. “Breviarium totius evangelii” (Tertuliano, *De oratione*) Al orar con el padrenuestro nos sentimos sorprendentemente cercanos a Jesucristo.

²² Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2767-2772

²³ J. Galot, *Nuestro Padre que es amor. Manual de Teología sobre Dios Padre*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2005, 105 Cf. 132-134)

²⁴ Cf. *Ibid.*, 184.

una tercera categoría: la "trasparencia", que significará "la presencia de la trascendencia dentro de la immanencia"²⁵; lo humano (immanencia) es el lugar de la realización de lo divino (trascendencia), y éste transfigura a aquél.

En la persona de Jesús encontramos al Dios-Padre cercano y también al Dios-Padre distante; en Jesús encontramos simultáneamente la experiencia del abandono de parte del Padre (Cf. Mc 15, 34) y la confianza absoluta en el Padre (Cf. Lc 23, 46); una doble experiencia de Jesús que nos dice que "permite que Dios sea Dios", aceptándolo tal como es.

El padrenuestro nos proporciona un conocimiento de Dios que entraña también excesos y peligros que debemos detectar y tratar de superar para no ver unilateralmente a Dios. Si conocemos así al "Dios de Jesús" en el padrenuestro es porque se acerca a los hombres como nadie había previsto ni soñado: en intimidad última y definitiva.

2.3.2. Distingamos dos partes en el padrenuestro

Primera parte

Se focaliza en Dios: el Padre, la santificación de su nombre, su reinado, su voluntad santa. Se expresa el hondo deseo y aspiración del orante, deseo que toma varias direcciones que se traducen en unos deseos dominados por la idea de "dejar que Dios sea Dios"

+ "*Padre nuestro que estás en el cielo*". El padrenuestro tiene como punto de partida una invocación con la que se declara con quién se entable el diálogo de la oración ("*Padre nuestro*") y la ubicación donde reside en conformidad con su naturaleza ("*que estás en el cielo*").

PADRE. "*Abba*" (Gál 3, 4; Rom 8, 15) en boca de Jesús significa absoluta intimidad y dependencia de Dios, implica un respeto sumo y una confianza ilimitada. Hallamos aquí reflejado el Dios bíblico de que tiene conocimiento y experiencia el hombre Jesús: un Dios Padre, con autoridad absoluta y, al mismo tiempo, con infinita condescendencia²⁶.

NUESTRO. Esta palabra, que incluye Mateo en su versión del padrenuestro, nos dice que no podemos creer en Dios sin aceptar la fraternidad. El "nuestro" cualifica al Dios en el que cree Jesús, es el que crea la filiación y fraternidad universal; solo el Padre "nuestro" es el revelado por Jesús.

²⁵ Cf. C. G. Vallés, *O. c.*, 9.13.15

²⁶ Algunos Padres de la Iglesia vieron ya en esta invocación "Padre" la presencia de la Santísima Trinidad, pues con este vocablo se confiesa el gran misterio que penetra y sustenta el universo, misterio de amor y comunión.

Advertimos una importante transición: de la dimensión vertical (“Padre”) se pasa a la dimensión horizontal (“nuestro”) Se nos está hablando de un Dios radicalmente distinto del que puede pensar el hombre, es un Dios “totalmente Otro”.

QUE ESTÁS EN EL CIELO. Otra expresión propia de Mateo. Sabemos dónde se halla el único Padre verdadero (que es el Padre de Jesús y el Padre nuestro: Cf. Mt 23, 9) Significa que Dios está allende todo, no en un lugar concreto; significa que lo trasciende todo, porque es trascendencia e infinitud, es el Altísimo en su gloria. Es solamente “nuestro” Padre en la medida en que lo aceptamos como “Padre del cielo”, trascendente, distinto. Para llegar a ello, no hay otro camino que la fe, la decisión de una libertad que establece con Dios una relación filial libre.

+ “*Santificado sea tu nombre*”²⁷. Estamos ante un dato curioso y único en la historia comparada de las religiones: se habla solo de su “nombre”, sin imagen alguna; solo con una connotación sin ninguna demostración: “*Yo soy el que soy*” (Éx 3, 13, 14), ajeno a todo antropomorfismo, al abrigo de toda idolatría²⁸.

La petición arranca de un convencimiento, con el deseo de que se realice algo a lo que solo Dios tiene derecho. Esta constatación hace brotar la súplica: “santificado seas tu nombre”

“SANTIFICADO”. Santificar” bíblicamente equivale a alabar, bendecir, glorificar al que es justo, bueno, perfecto, santo. Y solo Dios es santo (Cf. Mt 19, 17) y espejo de bondad (Cf. Jn 6, 36; 11, 14; 17, 11.26; 19, 2 20, 26; Mt 5, 48) en boca de Jesús²⁹. Jesús recorrió este camino y nos lo propuso en el padrenuestro; Jesús, que era “*el santo de Dios*” (Cf. Lc 4, 34; Mc 1, 24) En Isaías se resalta a Yahvé como el santo por antonomasia (Cf. 6, 4.13), cuya gloria llena la tierra. Santificado: resalta la majestad celeste; significa venerar, y Dios es el único digno de veneración. Dios se halla del otro lado, en lo inaccesible, ante el que el hombre se siente en presencia de lo inefable, lo único.

NOMBRE. En la Biblia designa a la persona, su naturaleza interna (Cf. Núm 1, 1-42 Ap 3, 4; 11, 34) El nombre bendito de Dios es el único que debe ser reconocido como santo, y el orante lo desea de todo corazón, buscando

²⁷ Cf. L. Boff, *El padrenuestro*. La oración de la liberación integral, Ed. Paulinas, Madrid 1982, 57s.; J. Galot, *O. c.*, 144s.

²⁸ “*Yo soy el que soy*”, responde Yahvé a Moisés que le pregunta por su nombre; “*Yo soy el Señor, éste es mi nombre*” (Is 42, 8) “*Reconocerán que mi nombre es el Señor*” (Jer 16, 21)

²⁹ Solo Dios es santo y consecuentemente solo Dios es Dios. Por eso se ha hablado de “violencia monoteísta” desde Moisés, al condenar en nombre del monoteísmo todas las demás religiones (Cf. R. Latourelle-R. Fischella-Pié Ninot, *O. c.*, 600s.)

esencialmente la alabanza de Dios. Este Dios debe ser respetado, venerado y honrado como quien es, misterio impenetrable de bondad y misericordia.

Una advertencia: "No tomar el nombre de Dios en vano". "Quien no se esfuerza por armonizar su concepto de Dios con el que es justo, toma en vano el santo nombre del Señor Dios" (Orígenes)³⁰. Solo se santifica el nombre de Dios desde un corazón nuevo (Cf. 1 Cor 6, 9-11). Santificar el nombre del Padre es la tarea primordial de los seguidores de Jesús, y de la Iglesia.

+ "Venga a nosotros tu reino"³¹. Esta petición puede ser vista como el corazón del padrenuestro por ser la intención última de Jesús. ¿Cuál fue la causa de la vida de Jesús? No se predicó a sí mismo, sino el reinado de Dios³².

REINADO DE DIOS. Ésta debe ser la máxima aspiración del orante porque sabe que nada del mundo puede colmar el deseo humano sino que solo el absoluto, la utopía del reinado de Dios satisface toda búsqueda (Cf. Ap 21, 4) Jesús expresa en esta petición el deseo de que Dios reine, gobierne y dirija todo el acontecer humano.

Será el final total y feliz, será el mundo reconciliado (Cf. Is 11, 6-8; Jer 31, 34) Dios está ahí y va a mostrar su reinado, a pesar de la realidad conflictiva del mundo (Cf. Éx 15, 18; Is 42, 8; 49, 23; Jer 16, 21), porque Dios es el Señor del mundo y de la historia.

Reino. Es un don, una gracia, viene "de arriba": "venga", se pide con plena confianza como los profetas (Cf. Jl 3, 1-5; Is 63, 4; Miq 4, 1-5) . . .³³. Es un don que "está en camino", nos dice Jesús (Mc 1, 15), no lo presenta como los profetas sino que afirma que ya llega: mensaje de alegría y esperanza³⁴. Participa del ser de Dios, "el que está a punto de llegar" en expresión de Ap 4, 8; cf., 22 7.12.20; Sal 79. 3.

Solo él puede hacerlo (Cf. Mt 28, 18-20) En boca de Jesús, el Reino significa poderío, autoridad divina, no se reduce a ninguna dimensión de este

³⁰ Citado por L. Boff, *O. c.*, 66

³¹ Cf. L. Boff, *O. c.*, 71s.; J. Galot, *O. c.*, 155s. Hay una cierta novedad en el NT: se habla más bien del "reinado del Padre" (J. Galot, *O. c.*, 156)

³² Cf. R. Aguirre, "El mensaje de Jesús y el reino de Dios", en AA. VV., Salvador del mundo, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, 65s.

³³ El AT es testigo de esperanzas fallidas: el reino no viene con el rey de Israel (Cf. Sal 2, 7; 2 Sam 7, 14), ni mediante el culto (Cf. Am 5, 21-24), ni con la apocalíptica (Cf. Ap. Daniel), ni con la ley como pensaban los profetas, ni con la violencia como querían los celotes.

³⁴ Jesús no definió el concepto de reino, pero lo ilustra con abundantes parábolas y lo expresa con diversas imágenes: es tesoro escondido (Cf. Mt 13, 44.45), semilla diminuta como la de la mostaza (Cf. Mt 13, 33), casa y ciudad de Dios (Cf. Lc 22, 30; Mt 8, 11...) Siempre se presenta como un regalo de Dios (Cf. Mt 22, 1-4), desborda toda expectativa humana. Jesús habló de un reinado que "está viniendo": "Santo, santo, santo, Señor todopoderoso, el que era, el que es y el que está a punto de llegar" (Ap 4, 8; cf. 22, 7.12.20; Sal 79, 3); R. Sánchez Chamoso, *Yo cristiano*, Caracas 2023, 75s. Ya irrumpió en Jesús y está abierto al mañana: es a la vez realidad y promesa.

mundo. Lo dejó claro Jesús ante Pilato (Cf. Jn 18, 36) Dios es rey, pero de otra manera, hay que aceptar que reine, reino es la “buena noticia” (Mt 4, 23)³⁵.

Reino define la voluntad última y terminal de Dios que causa la admiración del mismo Jesús (Cf. Lc 10, 23). Aquí se inserte el papel de la Iglesia, que no se identifica con el reino pero éste está incoado en ella y la Iglesia tiene como misión implantarlo en el mundo³⁶. La consigna evangélica es clara: “Buscad que el Padre reine, y todo lo demás se dará por añadidura” (Lc 12, 31) El reino de Dios es don, pero no llega mecánicamente; Dios asocia en la tarea a la Iglesia y al hombre, por eso podemos decir que el reino es don y tarea, presente y futuro, celebración y promesa ya en nuestro mundo.

El campo privilegiado del reinado de Dios son los santos: “Dios reina ya en cada uno de los santos, Dios habita en ellos como en una ciudad bien gobernada... Dios se paseará por nuestro interior como por un paraíso espiritual, y reinará en nosotros él solo con su Cristo”³⁷.

Los exegetas dicen que “venga tu reino” es una expresión nueva y algo que solo Dios puede hacer. Y lo ha hecho ya en Jesucristo, el heraldo del reino (Cf. Mc 1, 15; Mt 45, 23), más aún, es su encarnación y protagonista (Cf. Mt 12, 28; Lc 17, 20-21); él lo promete a los que son fieles (Cf Mt 25, 33; Mc 3, 13s.), confía su difusión los que envía y les garantiza su asistencia. En Cristo se cumple a cabalidad la instauración del reino en la tierra; de Jesús pasa la herencia a la Iglesia, en la que todavía no se da el reino en plenitud, sino incoado; el tiempo de la Iglesia es el tiempo de la construcción del reino del Espíritu, y su tarea principal.

¿El reino es pura utopía? No, al final, Dios reinará, vendrá el reino pleno para todos. El futuro revelará la plenitud del reino. ¡Señor!, apresura la llegada de tu reino!³⁸, para que llegue a su cumbre lo que ya ha comenzado; “Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, porque has recibido el gran poder y has comenzado a reinar” (Ap 11, 17)

“Venga” tu reino. Una petición, un deseo hondo. Escuchemos este sabroso comentario: “Que tu deseo esté siempre ante él... Tú mismo deseo es tu oración. Si el deseo es continuo, la oración es continua (y así se puede cumplir el “orad sin cesar”). Si subsiste el deseo, también subsiste el gemido; no

³⁵ Escuchemos esta descripción del reino: “El reino o reinado de Dios, además de expresar la absoluta soberanía de Dios sobre toda la creación, tiene también un sentido más profundo, interior y trascendente. Indica la presencia y la actividad misteriosa de Dios en el mundo y en el hombre para liberarlos del mal y conducirlos a su destino de salvación” (*Biblia de América*. Vocabulario bíblico: “Reino”, p. 1961)

³⁶ Enseña el Vaticano II: “La Iglesia tiene como fin dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos él mismo también lo consumará” (LG 9)

³⁷ Orígenes, *De oratione*, cap. 25.

³⁸ Cf. Tertuliano, *De oratione*

siempre llega a los oídos de los hombres, pero nunca se aparta de los oídos de Dios"³⁹

A modo de apéndice a esta súplica, aceptemos este cariñoso reproche de san Cipriano: ¿"Para qué pedimos y rogamos que venga el reino de los cielos si tanto nos deleita la cautividad terrena? ¿Por qué pedimos con tanta insistencia la pronta vendida del reino de Dios, si nuestro deseo de servir en este mundo del diablo supera el deseo de reinar con Cristo?... El que está lejos de su patria es natural que tenga prisa por volver a ella. Para nosotros, nuestra patria es el paraíso"⁴⁰

+ "*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*"⁴¹

"HÁGASSE..." En esta petición, el Hijo acepta que el Padre sea Padre, por lo que el Hijo se someterá también al que lo somete todo para que Dios sea todo en todas las cosas (Cf. 1 Cor 15, 28) Si creemos esto y lo decimos convencidos, lo decimos todo. Debemos situarnos tras las huellas de Jesús en Getsemaní, quizá el momento supremo en que Jesús "deja que Dios sea Dios": "*No se haga mi voluntad, sino la tuya*". Jesús habla con su Padre bien amado y subordina su voluntad de verse libre del cáliz de amargura para suplicar finalmente fidelidad a la voluntad del Padre, a la que se rinde plenamente. En esta escena de Getsemaní ha condensado Jesús toda su trayectoria vital en relación con el Padre, en conformidad con el testimonio de los evangelios, sobre todo del cuarto evangelio.

"TU VOLUNTAD" ¿En qué consiste la voluntad de Dios, y cómo la nuestra se puede coordinar con ella? Ésta es una pregunta fundamental existencialmente, porque la felicidad del hombre (en la tierra como en el cielo) depende de que se cumpla la voluntad de Dios. Lo mejor para el hombre, aunque cueste entenderlo, es que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, y eso ya ahora en la tierra como se cumple plenamente en el cielo: aquí como allá, que "*que Dios sea todo en todo*" (1 Cor 15, 28)

Se realiza la voluntad de Dios allí donde las cosas son como Dios quiere, de acuerdo con sus designios. Como fue en la vida de Jesús y de María (Cf. Lc 1, 38) Es una petición y deseo de alguien que constata que aquí, en la tierra, no se cumple esa voluntad divina. ¡Señor, que acontezca tu voluntad ya ahora!, suplica el orante.

Y nos debemos hacer otra pregunta fundamental: ¿Cómo puede el hombre conocer la voluntad de Dios? No nos hallamos desarmados ante esta

³⁹ San Agustín, *Sermón 37*, en *Breviario español*, IV, 171.

⁴⁰ *Tratado sobre la muerte*, cap. 18.24.26; cf. J. Galot, *O. c.*, 142s.

⁴¹ Cf. L. Boff, *O. c.*, 85s.; J. Galot, *O. c.*, 161s.

cuestión, Dios nos ha provisto de la conciencia que, a la luz del Evangelio y guiada por él, nos dice en cada momento lo que agrada a Dios. Y no debemos pasar por alto la bienaventuranza evangélica: “*Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios*” (Mt 5, 10)⁴²

En resumidas cuentas, ¿qué quiere Dios de mí? La santificación del hombre es la realización de la voluntad de Dios, entonces la voluntad divina se enseñorea, domina y orienta todo acontecer humano.

“EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO”, o sea, en la totalidad, en todo y en todas las circunstancias y dimensiones. Así como en el cielo se hace la voluntad de Dios, que se haga también cuanto antes en la tierra. Comenta Orígenes: “Si se hiciera la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo, la tierra ya no sería tierra, entonces todos seríamos cielo”⁴³

La voluntad de Dios en la tierra y en el cielo porque “*es Señor de cielos y tierra*” (Mt 11, 25; cf. 28, 18) La tierra se convierte en un trasunto del cielo. La voluntad de Dios no se realiza de forma puramente mecánica o automática, no prescinde de la colaboración del hombre al que Dios asocia a su obra (Cf. Mt 7, 21; Heb 13, 21; Flp 2, 12) Ya aquí, “en la tierra”, en el habitat del hombre, se realiza la voluntad divina: “*El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres*” (Sal 113B, 16), y el hombre es responsable de lo que se haga en la tierra.

Es interesante preguntarnos: ¿Cuál fue la voluntad de Dios para Jesús? A) Instaurar el reino, que es lo que le encomendó el Padre: he venido para “*hacer la voluntad del Padre*” (Jn 4, 34; 5, 30. Así lo ve también Pablo: cf. Ef 1, 9-10), en lucha contra el reino de Satanás (Cf. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11; Ef 2, 2...) B) Que el hombre viva, se posiciona en favor del hombre, especialmente de los más necesitados cuya vida está amenazada (Cf. Mt 25, 40.45; Ez 33, 11) C) Abandono total en brazos del Padre, en el que es reconocido como Mayor y “totalmente Otro”: “*En tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 22, 42; 23, 46; cf. Heb 5, 7-9; 10, 5-7); acepta el designio misterioso de Dios, que incluye a veces la renuncia de sí mismo: hágase todo como Dios quiere. D) Que en la tierra acontezca lo que ya es realidad en el cielo, que es una de las peticiones expresas de Jesús; lo que se expresa el dicho popular: “Si Dios quiere”, que tiene una honda raíz teológica, es aceptar que Dios realice su voluntad y así reine verdaderamente.

En estas peticiones del padrenuestro, el orante y Jesús que enseña a orar, resaltan sobre todo el reconocimiento de Dios como centro, foco y meta, es

⁴² Cf. Mi obra *El día a día del cristiano*, Trípode, Caracas 2015, 150s.

⁴³ *De oratione*; cf. Mt 5, 8; 24, 35

desear y aceptar que “Dios sea Dios”. Jesús se nos presenta así como el mejor exponente de esta actitud que el hombre, ser contingente, debe tener ante Dios, el único absoluto y trascendente.

2.3.3. La segunda parte del padrenuestro concierne a la causa del hombre:

Se pide el alimento necesario, el perdón, verse libre de la tentación siempre al acecho y del mal siempre amenazante. Son cuestiones más concretas, formuladas a ras de tierra, focalizadas en el hombre. Dios no se interesa solo por lo que le atañe a él, sino que se preocupa también de lo que atañe al hombre. Por su parte, el hombre no debe encerrarse en sus cosas, sino que debe abrirse en lo concerniente a Dios. Si nos fijamos bien, el padrenuestro tiene que ver con todas las grandes cuestiones de la existencia humana de todos los tiempos.

La primera y segunda parte del padrenuestro son dos movimientos que se entrecruzan: el primero se eleva hacia el cielo y el segundo se pliega hacia la tierra. Ante el cielo se presentan sobre todo unos deseos, ante la tierra se presentan unas peticiones. Son como los dos ojos de la fe: uno se levanta hacia Dios, resaltando su singularidad, y el otro se dirige a la tierra, se curva hacia abajo, donde viven y sufren los hombres.

2.4. Ecos de la oración del padrenuestro en la teología y en la espiritualidad

La actitud de Jesús ante el Padre la encontramos también, aunque de forma más pálida, en grandes autores cristianos, y es expresada de formas diversas.

Vamos a fijarnos en tres referentes teológicos.

+ Es de todos conocido el enunciado de san Ireneo: “La gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es glorificar a Dios”, dicho en los términos que estamos manejando: el hombre se debe situar ante Dios en actitud de alabanza, glorificándole.

+ Por su parte, san Francisco de Asís nos ofrece un panorama cósmico de alabanza: “Las criaturas todas, load a mi Señor”, y “solo tú eres digno de toda bendición”. La singularidad de Dios queda bien resaltada.

+ Por último, san Ignacio de Loyola abre así sus célebres Ejercicios Espirituales: “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma”. Y esta alabanza y reverencia que solo Dios se merece hay que realizarlas ya en la tierra.

Alabar, venerar, someterse a Dios es un modo de decir que hay que “dejar a Dios ser Dios”, y, como tal, digno de esa alabanza, veneración y sometimiento

del hombre. El itinerario del hombre desemboca en Dios, y solo así Dios es la única y perfecta culminación de la vida humana.

Añadamos a lo anterior tres referentes devocionales. De la rica tradición oracional espigamos a tres autores espirituales que han acuñado unas oraciones que han ganado justa publicidad entre los fieles porque resaltan la grandeza de Dios ante la que el hombre se rinde en actitud de reconocimiento, confianza y adoración. Los tres autores nos van a decir en el fondo que hay que “dejar que Dios sea Dios”.

+ Comencemos por santa Teresa de Jesús y su conocida oración: “Veisme aquí, mi dulce amor, amor dulce, veisme aquí. ¿Qué mandáis hacer de mí?”. A continuación desgrana la santa las variadas situaciones humanas por las que puede hacerle pasar la vida, viendo en todas ellas la mano de Dios. El remate de cada una de las trece estrofas es la cantinela: “¿Qué mandáis hacer de mí?”

+ Pasamos al cardenal Newman y su oración: ”Lo que Vos queráis, Señor, sea lo que Vos queráis”. Abandono, disponibilidad, rendimiento total ante el “totalmente Otro”; un cántico al que nos trasciende y en cuyo servicio encuentra el orante la paz. En cada momento de la vida digamos: “Lo que Vos queráis, Señor, sea lo que Vos queráis”.

+ Terminamos con Charles de Foucault. Se ha popularizado su célebre oración de neta inspiración evangélica, en la que el orante se confía a Dios como el niño a su padre. “¡Padre! Me pongo en tus manos”. Confianza absoluta, abandono total en manos del Padre, el deseo único de que se cumpla la voluntad de Dios en el orante, en cualquier circunstancia de la vida.

III. RECAPITULANDO

En esta última parte del trabajo, no vamos a exponer ideas nuevas. Volveremos sobre algunos puntos básicos de nuestro tema, a costa de repetir algunas ideas, aunque ampliaremos y matizaremos su desarrollo con algunas consideraciones que enriquezcan el tema.

3.1. “Dejar a Dios ser Dios”

Aceptar que Dios actúe según su propio criterio y en el ámbito de su revelación. Aceptar que es totalmente libre en sus relaciones con nosotros, relaciones que están condicionadas por nuestro modo de entender a Dios y, por consiguiente, nuestro modo de relacionarnos con él. Dios está por encima de nuestras representaciones. Reconocer esto es adorarle, es confesar que “solo Dios es Dios”.

Quien conoce quién es Dios deberá decir: “Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder” (Ap 4, 11) Hay que “dar a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 21) Me impresionó el escrito de una tarjeta-recordatorio del fallecimiento de un sacerdote amigo: “En cuanto descubrí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa más que vivir para él”.

No es fácil posicionarse correctamente ante Dios, pesan mucho los medios de que nos servimos. Vamos a sacar algunas conclusiones.

Cuando Dios nos invita a una mayor cercanía hay que dejar atrás nuestras representaciones humanas o ideas sobre Dios, hay que fiarnos de él con confianza total, hay que responder a lo que nos propone “dejando que Dios sea Dios” y aceptando el lema de santa Teresa: “Solo Dios basta”. Estamos ante el Dios de las sorpresas y debemos examinarnos de si estamos convencidos que debemos dejarnos sorprender. Debemos salir del estrecho aislamiento de nuestras pretensiones y de nuestra identidad, para caminar hacia el verdadero ser y ser libres. En definitiva, hay que acercarse a Dios de forma nueva y distinta en cada ocasión, por los caminos de la fe.

Otra conclusión, quizá más difícil y dolorosa: para que venga el Espíritu a nosotros debemos abrirnos a una nueva idea de Dios, superando la imagen hasta ahora vigente. Esto supone algo extraño para nosotros: ha de “marcharse” Dios para que “vuelva” de forma más rica y nueva; si no se marcha en la forma en que lo imaginamos, quizá no vuelva más. “Dios ha de marcharse para que venga Dios”⁴⁴. De esta forma, el orante será eterno peregrino hacia ese Dios “que está viniendo”, no solo que “vino”. Dejemos a Dios en libertad para que nos ofrezca nuevos rostros suyos; al hombre no le corresponde determinar el modo en que Dios ha de manifestarse. La actitud del hombre es la preparación, la espera, la disponibilidad para captar el nuevo rayo de luz, para dejarse sorprender. Hay que vivir alerta, con las ventanas abiertas para que entre el Espíritu cuando y como quiera, y abiertas para que se marche cuando quiera, con la certeza de que si se marcha es para volver con nueva luz. El orante dejará libre a Dios para que sea lo que es (“Yo soy el que soy”: Éx 3, 14) y que haga lo que le plazca en cada circunstancia.

Otra conclusión. Aceptar que nuestra vida espiritual está representada por una línea ascendente, pero quebrada, o sea, con altibajos se va avanzando. Es doctrina de los maestros de vida espiritual⁴⁵ aceptar la aventura del Espíritu sin miedo al cambio. No hay que tener miedo al cambio, sino más bien hay que prepararse con humildad, paz y confianza para afrontar el futuro incierto.

⁴⁴ C. G. Vallés, *O. c.*, 81

⁴⁵ Recordemos que santa Teresa enseña que en la vida de perfección no hay absoluta continuidad, sino alternancia de épocas sublimes con otras a ras de tierra.

Reconozcamos la vertiente positiva del cambio, porque es una ocasión para mejorar nuestra oración.

Una última conclusión. “Dejar a Dios ser Dios” es el acto supremo de adoración, de acatamiento y de fe en él. Aceptar que se presente cuándo y cómo desee (no sabemos su calendario) Y si su conducta no se corresponde con nuestras representaciones y deseos, debemos estar dispuestos a cambiar nuestros moldes de entenderlo, y nunca rechazar su imagen porque no se ajusta a nuestras exigencias. Dios es diferente y hay que dejar que lo sea para provecho nuestro. Nuestro concepto de Dios se ensancha y enriquece en la oración, abre y renueva nuestra vida. El concepto que cada uno e forma de Dios es la clave de su destino: “Dime a qué Dios adoras y te diré quién eres”. Es imposible mirar el rostro de Dios y su amor humanamente inexpresable, que nos espanta y deja sin palabras y nos avoca a la alabanza y adoración. Con solo mirar el rostro de Dios se comprende que solo él debe ser llamado Señor.

En María hallamos un espejo donde mirarnos y entender que “solo Dios es Dios”, especialmente en los momentos en que nos cerca la oscuridad o la ignorancia: “*Que me suceda como tú dices*” (Lc 1, 38) Y, al final, tendremos que decir que la realidad propia de Dios solo él la conoce (Cf. Ap 1, 12-18; 19, 11-16) Dios es guardián celoso de su secreto aun para aquellos que son admitidos a su presencia y amistad. “¡Deus semper maior!”.

3.2. Permitir que Dios decida presentarse o ausentarse

Hay que dejar que Dios se haga presente o se ausente en mi vida, que venga y se vaya cuando y como quiera. Es un modo de “dejar a Dios ser Dios”, sin condicionamientos por parte del hombre⁴⁶.

La historia de la salvación y la vida espiritual nos hablan de que Dios se manifiesta y se oculta, que luce y se oscurece, que brilla y se apaga, que se ausenta y vuelve si así lo desea. Así Dios nos muestra su rico y eterno ser, fuera del alcance de nuestros cálculos. Aceptémosle tal cual es.

¿No dijo Jesús que si él no se marchaba el Espíritu (alguien muy importante) no vendría? “*Conviene que yo me vaya... Si yo no me voy, el Padre no vendrá a vosotros*” (Jn 16, 7)

Ante Dios nos hallamos ante lo inesperado, lo impensable, el sorprendente que no repite caminos como nosotros, no es posible hacer pronósticos sobre él. “Dios no se repite”, cada vez es un camino nuevo, siempre es diferente, es nuevo en cada instante (Cf. Is 43, 18-19) En cambio, para el hombre, vivir es repetirse.

⁴⁶ A este respecto, es consolador saber que Jesús se va y promete volver (Cf. Jn 14, 1.3.18)

El hombre conoce y tiene experiencia de Dios no a través de los sentidos corporales (“*A Dios nadie le ha visto jamás*”, ni oído), sino por el sentido inherente a la fe, que “tiene ojos”, ve a su modo pero ve realmente. De todo esto se deduce que tienen validez nuestras representaciones de Dios cuando son fruto de la fe, no de los sentidos corporales; solo la fe tiene acceso al Dios real, vivo y verdadero, bajo la actuación del Espíritu Santo.

Deberíamos decir a Dios: te libero de cualquier obligación de atender a mis peticiones, aunque tú nos has mandado pedir (“*Pedid*”, “*llamad*”, “*buscad*”...) Quedas en libertad de obrar conmigo como mejor te parezca en cada momento y situación; que yo entienda que la vida sigue su cauce como si yo no existiera, y no altera su proceso por mi causa. Deseo que actúes conmigo con entera libertad y no te veas obligado a secundar lo que yo quiero⁴⁷ Y yo también quedo en libertad de portarme contigo como yo juzgue mejor en cada caso. Y así puede venirnos la paz, suprimir la tensión y la ansiedad, y me traerá un modo de relacionarme con Dios más íntimo, dando otro talante a mi vida. Las contrariedades de la vida resultarán más tolerables, cuando estoy convencido que tanto en la ventura como en la desventura está presente Dios, y yo lo acepto en ambas circunstancias.

Hay que estar preparados para sacar a Dios de los moldes en que los hombre lo hemos metido (“Dejar a Dios ser Dios”), limitándolo en el concepto que nos hemos formado de él, por bello y consolador que sea. Ganaremos así profundidad, en verdad y en libertad en el trato orante con Dios. Con ello nos liberamos a nosotros de la imagen de Dios limitado por nuestras representaciones. Debemos abandonar la concepción de Dios a la que estamos aferrados, dejando paso a otra concepción menos humana, pero más amplia y verdadera, aunque desborde nuestra capacidad natural de conocer.

3.3. “Balbuciendo ut possumus excelsa Dei resonamus”

Este añejo aforismo teológico nos va a dar la pauta para valorar nuestras representaciones de Dios. Nos hacemos eco de la grandeza de Dios con humildes balbuceos, que eso y no otra cosa es nuestro lenguaje religioso. La Biblia entera, sobre todo los salmos, es un canto a las “*mirabilia*” del plan divino de salvación: “*Las glorias del Señor y su poder, las maravillas que hizo lo contaremos a la generación futura*” (Sal 77, 4) Estamos ante el problema de la validez y límites de nuestras representaciones de Dios.

En este tema no vamos a regir con el siguiente principio: “Dios no es un objeto de este mundo, por ello tampoco puede entrar en ninguno de nuestros

⁴⁷ Ésta es la actitud totalmente contraria a la que concibe a Dios como un “tapahuecos”

conceptos. No se trata, pues, de un concepto de Dios, porque todos nuestros conceptos hacen que cuanto queramos entender se convierta en una cosa de nuestro mundo. Lo que buscamos es al Dios real y viviente de nuestra fe⁴⁸. Queda así expresado el problema que ahora enfrentamos: no podemos conocer a Dios, como nos asegura la Escritura y la gran tradición teológica, pero el hombre (el teólogo) tiene necesidad de hablar de Dios por exigencia íntima de su fe. Como Pedro y Juan, el teólogo tiene que decir: “*No podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído*” (Hech 4, 20). ¿Qué valor y qué límites tiene ese lenguaje teológico?⁴⁹

Nuestras representaciones de Dios son temporales, hijas de su tiempo, por lo que se resienten y resultan transitorias, pues el tiempo trabaja en ellas, muchos elementos se oxidan, se pudren y es preciso sustituirlos. Esto nos explica la multiplicidad y la sucesión de las teologías y los diversos tratados epocales sobre Dios.

La representación humana o conceptual de Dios es necesaria si el hombre quiere decir algo de Dios, pero no es esto lo prioritario. Toda representación de Dios debe estar “abierta” al misterio de Dios, se remite a él si quiere tener algún sentido. Dios no puede ser concebido por el hombre sin representaciones humanas, pero, por otra parte, nunca debe identificarlo con ellas⁵⁰. Nos movemos, pues, en la dialéctica visible-invisible, relativo-absoluto, provisional-definitivo. Estas representaciones humanas están habitadas por el misterio y de éste reciben su sentido y valor, pues son vehículo del mismo. El misterio es el fundamento teológico de esas representaciones, más en concreto, el misterio de la encarnación y el de la sacramentalidad.

Las características principales de estas representaciones de Dios son: necesarias si no optamos por el silencio absoluto sobre Dios; provisionales y mudables, se utilizan según las circunstancias sin pretender ser definitivas; plurales, variadas y complementarias entre sí lo que da pie al pluralismo; acuñadas cultural e históricamente, lo que las inscribe en las coordenadas histórico-temporales.

No se puede olvidar que hay aquí un peligro al acecho, se esconde una posible trampa: poner en lugar de Dios esas representaciones que hacemos de él, en definitiva un producto humano; hacer de esas representaciones

⁴⁸ J. Auer, *Dios Uno y Trino*, Herder, Barcelona 1988, 20. “La verdad divina se nos da realmente en la historia, pero, siendo infinita y eterna, desborda todas sus expresiones históricas” (J. M. Laboa, *Cristianismo*, San Pablo, Madrid 2002, 263)

⁴⁹ Tomaremos ideas centrales de nuestro trabajo “La Iglesia y sus mediaciones históricas”, en *Iglesia en camino*, Paulinas, Caracas 2008, sobre todo pp. 251-271, o en Revista ITER (2006)33-87

⁵⁰ Puede aplicarse el Sal 102, 28. El hombre fabricante de ídolos: Salmos (*passim*), Profetas (Is 44, 9-20; Jer 10, 1-16)

sucedáneos de Dios, que equivale a fabricar ídolos, peligro denunciado en el AT, que ve el problema no tanto en el ateísmo cuanto en la idolatría⁵¹.

Hay que contar con la ambigüedad de nuestras representaciones: si, por un parte, todos nuestros conocimientos nos vienen por los sentidos, externos o internos, por otra parte, la misma fe, que no es visión ni evidencia, se alimenta de símbolos, representaciones e ideas. Este proceso es inevitable en el conocimiento de Dios.

En el AT, el culto a la imagen visible de Dios trajo el cisma, dividió a Israel. Fue Jeroboán quien quebró el mandamiento y con ello trajo la ruina a Israel⁵². Nosotros hacemos expresiones varias de Dios, pero al ser limitadas y obra humana, no son apropiadas a Dios y deforman nuestra fe; ninguna imagen de Dios llega al modelo. Algunos explican la fabricación de miles de imágenes de Dios por la imposibilidad de describirlo, de ahí que Dios tenga innumerables nombres lo que significa que no tiene ninguno porque su nombre "*está sobre todo nombre*" (Flp 2, 9); ante él, el silencio total o la letanía sin fin de nombres⁵³. Cada nombre aplicado a Dios afirma y niega, porque dice algo pero no dice todo⁵⁴; cada representación humana de Dios con el tiempo se acartonada y momifica, perdiendo significación. Puede darse una especie de "idolatría espiritual" al poner en lugar de Dios imágenes que hemos fabricado nosotros.

Deberíamos pedir con frecuencia: Señor, libranos de las representaciones que hemos formado de ti; no olvidemos que estamos ante un Dios "*desconocido*" (Cf. Is 45, 15) Reconozcamos que hay que permanecer abiertos, sin intentar dar forma a Dios o encerrarlo en conceptos humanos; aceptemos que solo podemos llamar a su puerta; hay que llevar el ancla si queremos navegar mar adentro para llegar a las orillas de Dios. Los modelos conceptuales son maneras de hablar de Dios y sin las cuales no podemos relacionarnos con él, pero si los confundimos con la realidad infinita de Dios se vuelven contraproducentes y vician nuestra relación con el Dios vivo. En nuestra oración

⁵¹ Tendencia muy frecuente en el hombre, "historia teste". No sin cierta pizca de humor e ironía escribe un autor actual de temas espirituales un capítulo que titula: "Danos hoy el ídolo de cada día" (A. Pronzato, *Molinete*, Sígueme, Salamanca 1987, 234-243) Ante esta constatación, deberíamos frecuentar la petición que los discípulos hicieron a Jesús: "*¡Señor!, enséñanos a orar*", sé tú el iconoclasta que haga pedazos nuestros numerosos ídolos.

El deseo de ver a Dios es tan intenso, que los Padres encuentran en ese deseo una explicación de la fabricación de ídolos: "Y hasta los mismos paganos en medio de sus errores se fabricaron ídolos para poder ver con sus propios ojos el objeto de su culto" (San Pedro Crisólogo, *Sermón 147*, en *Breviario español*, IV, 102) La postura ortodoxa sobre las imágenes la fija la Iglesia en su condena de los iconoclastas (II concilio de Nicea, 7º ecuménico, a. 787).

⁵² El pecado de Jeroboán fue hacer una imagen de Yahvé para que el pueblo la adorara (Cf. 1 Rey 14, 9s.)

⁵³ C. R. Sánchez Chamoso, *Yo, cristiano...*, 61s.

⁵⁴ Cf. C. G. Vallés, *O. c.*, 35-36

a Dios tenemos que decir: “no es esto”, “no es esto”; da las gracias, pero no te pares, sigue adelante; negar para saber, escala mística, “noche oscura” de la que habla san Juan de la Cruz⁵⁵. Nos cuesta vaciar la mente, silenciar el pensamiento, acallar la imaginación, desprendernos de la imagen que hemos fabricado. En fin, en el centro queda la no-imagen excelsa del Dios sin rostro y sin nombre humano (Cf. Fil 2, 9), porque su concepto está sobre todo concepto”⁵⁶.

Con frecuencia hablamos con Dios con conceptos elaborados por nuestra cabeza, pero así no se llega al Dios real y vivo. En cambio, si hablamos con Dios con el lenguaje nacido del corazón, desde la experiencia de Dios en el Espíritu, entonces nuestra oración adquiere sentido y tiene verdadero significado. El orante es testigo, no magnetófono. Nos formamos un concepto de una persona si hemos tenido un trato con ella; el concepto de Dios es inseparable de la experiencia de Dios. Por eso, quien haya “visto” a Dios es el que puede hablar de él, de lo contrario debemos callar.

El orante cristiano no carece de referencias para orar correctamente y, en concreto, los salmos son una escuela inigualable, son palabra de Dios, con ellos oró Jesús, María, los apóstoles..., con ellos ora la liturgia hoy y la de todos los tiempos...⁵⁷.

En resumen. Podemos ver en los santos un espejo de orante auténtico. Toda generación de santos se ha cimentado sobre un concepto o representación legítima (pero limitados) de Dios, pues todo concepto humano de Dios es limitado, y lo adquirimos por educación o por carácter. Pero el santo ha visto además con los “ojos de la fe” y ha accedido a la experiencia de Dios (no solo a su conocimiento), ha prevalecido el corazón sobre la cabeza. El santo es un buscador incansable de Dios, insatisfecho con las representaciones humanas, relativizando éstas. El santo, cuando la situación vital no encaja con el concepto que tenemos de Dios, abandona al Dios hasta entonces conocido, lo relativiza, no hace de él un “ídolo”, y emprende el camino hacia un mejor conocimiento de Dios. Los santos se sitúan ante Dios como ante una verdad radical, algo que siempre nos desborda y nos pilla de improviso. “Lo conocen lo bastante como para saber que aún lo desconocen”⁵⁸. En una palabra, para el santo, las

⁵⁵ Cf. R. Sánchez Chamoso, *El milagro del barro*, Trípole, Caracas 2008, 126s.

⁵⁶ Recordemos el papel asignado a la “teología negativa” cuando se trata de Dios. El silencio, tema tan importante en la mística, no es un vacío, sino una profesión de fe que se traduce en adoración. Hay un callar que es un respeto al misterio, un no abusar de la bondad de Dios para que satisfaga nuestros deseos. Del vacío absoluto, nada puede salir.

⁵⁷ Cf. R. Sánchez Chamoso, *Yo, cristiano...*, 71s.

⁵⁸ M. Légant, *El hombre en busca de su humanidad*. El cumplimiento humano I, Asociación Marcel Légant, Madrid 2001, 329

representaciones de Dios que hacemos habitualmente los hombres dejan de ser una "trampa" o un "peligro", porque han sido capaces de sortear estos obstáculos: ni hacen un absoluto de algo relativo, ni aceptan los sucedáneos de Dios. En los santos se da a plena luz el principio de "dejar a Dios ser Dios".

Una advertencia a tener en cuenta. Quizá, el mayor "peligro" y "trampa" es que cuando dialogamos en la oración con las representaciones que los hombres hacemos de Dios, en realidad dialogamos con nosotros mismos, no con el Dios verdadero.

Cerramos esta sección con una consideración para todo orante. Buscar a Dios es a la vez búsqueda y espera. "La búsqueda conduce a la espera de lo que debe hacerla fecunda y, a la inversa, la espera es el aguijón de la búsqueda. Sin la espera, la búsqueda patina en sus propias pisadas y sin la búsqueda la espera ordinariamente no es más que pereza"⁵⁹. Búsqueda y espera en las que los hombres se aproximan a Dios⁶⁰, muestran la grandeza del hombre y son un sello indeleble en cada uno de la trascendencia de Dios. "Espera y búsqueda brotan de la sustancia mismo de este hombre de fe"⁶¹. En la oración, el hombre juega un papel activo.

Tengamos en cuenta algunas características de la oración: sigue itinerarios tanteantes y sinuosos, suscita en el orante estados alternativos de fervor y de sequedad, es fuente de alegrías hondas y de penas dolorosas, pone de manifiesto al mismo tiempo la contingencia humana y la trascendencia divina. La oración es la mejor escuela para aprender "dejar a Dios ser Dios".

3.4. "Tomar el nombre de Dios en vano"

Con la expresión que encabeza este apartado queremos significar que a Dios a veces se le manipula, no se acepta la soberanía y libertad absolutas de Dios. Se opone a "dejar que Dios sea Dios".

"Tomamos el nombre de Dios en vano" en tantas expresiones aparentemente piadosas y muy difundidas en el pueblo creyente. Algunos ejemplos: "Bien sabe Dios que te digo la verdad", "pongo a Dios por testigo", "juro por Dios...", "es la voluntad de Dios", "no le plugo a Dios...", "aquí está la voluntad de Dios" (recurso frecuente para imponer la obediencia, cuando con frecuencia es la voluntad del superior)

Ante estas expresiones, Dios va a guardar silencio, deja hacer, pero nosotros, con esas expresiones, "abaratamos" el nombre de Dios, "disfrazamos"

⁵⁹ *Ibid.*, 318

⁶⁰ Cf. *Ibid.*, 319.320.

⁶¹ *Ibid.*

torpe y egoísticamente el nombre del Altísimo, “jugamos” con Dios poniéndolo de nuestra parte. En una palabra: abusamos de Dios al “tomar su santo nombre en vano”. Cuando el superior recurre al nombre de Dios debe respetar y hacerse digno de la majestad divina que representa.

Recordemos el deseo del padrenuestro: “*Santificado sea tu nombre*”, que nos obliga a respetar y proclamar la majestad de Dios, y de esta forma deseamos que se haga su voluntad “*así en la tierra como en el cielo*”. El orante sí puede decir en su oración: “*Acuérdate de tu mano y de tu nombre en esta hora*” (Ba 3, 6)

El Evangelio nos traza la vía de la sencillez: decir “sí” o “no”, y con esto basta, sin abusar del nombre de Dios.

“Tomar el nombre el Dios en vano” es un modo singular de “no aceptar que Dios sea Dios”. Es recurrir al nombre de Dios en falso, no para adorarlo, sino para manipularlo. El Dios cercano, “amigo”, el de la confianza puede llegar a ser instrumentalizado y ser reducido a la vulgaridad. Intentar manipular a Dios es “blasfemia en acción”.

Volvamos los ojos a Jesús. No se dejó manipular por nadie, por lo que calló con dignidad ante el frívolo y abusivo Herodes, aunque el silencio le costara la vida (Cf. Lc 23, 8s.) Tampoco puede nadie manipular a Dios. Cuando el hombre pretende hacerlo en provecho propio (y esto puede darse en la oración) rebajamos el concepto de Dios a niveles simplemente humanos, y nos equivocamos radicalmente porque entonces nuestra oración no es cristiana. Hay en Dios una suprema libertad al tratar con los hombres, se niega soberanamente acomodarse las expectativas que sobre él tenemos, se complace en romper moldes humanos y se resiste absolutamente a que nadie lo manipule. El hombre orante, a veces trata de trazar el plan que Dios debe seguir. Es una falta de respeto a Dios. Hay que respetar los planes, los juicios y la obra de Dios. Y deberemos pedir perdón por la temeridad de querer obligar a Dios a hacer lo que nosotros queremos. ¡Señor, perdónanos por el abuso que hacemos de tu nombre!

Veo una estrecha relación o una afinidad entre la prohibición bíblica de hacer imágenes y tomar el nombre de Dios en vano. Toda representación humana de Dios en el fondo lo falsifica y lo orienta peligrosamente hacia la idolatría, y conlleva una intención egoísta porque así el hombre cree que se gana el favor de Dios, como hemos expuesto más arriba. En definitiva, tanto las imágenes como “sucedáneos” de Dios como “tomar el nombre de Dios en vano” impiden que “Dios sea Dios”.

3.5. ¿Es productiva la oración?

¿Qué provecho se saca de la oración? ¿Para qué sirve? ¿Tiene que acceder Dios a todas nuestras peticiones y deseos? Preguntas muy normales del hombre actual, del "homo faber", del hombre que busca el "para qué" en todo lo que hace.

Recordemos la aleccionadora escena evangélica, en la que, los discípulos, los cercanos y amigos de Jesús, le bien bienes humanos; la respuesta de Jesús es rotunda, no deja lugar a dudas: "*No saben lo que piden*" (Mt 20, 22; cf. la escena entera: Mt 20, 20-23) Oran mal, nos dice a sus seguidores. Oremos: "*Señor, enséñanos a orar*"

Ya san Agustín aclaró: Dios no nos escucha siempre porque oramos mal, y no nos concede lo que no nos conviene. Y san Cipriano escribe: "¿Por qué no responde siempre a nuestras peticiones? No se trata de que Dios haga lo que nosotros queremos, sino de que nosotros hagamos lo que Dios quiere"⁶². ¿Y qué quiere Dios?: "*Busquen primero el reino de Dios y hacer su voluntad, y todo lo demás les vendrá por añadidura*" (Mt 6, 33) Orar bien es confiar en Dios, porque "*ya sabe el Padre celestial lo que necesitan*" (Mt 6, 32)

Al hombre actual le parece lo más natural la utilidad de algo, es aspiración legítima; eso de "sacar algo" de la oración, de la productividad de la actividad del espíritu, de pretender y esperar siempre resultados tangibles, nos parece hoy lo más natural. Y, sin embargo, hay que acercarse a Dios frenando nuestras apetencias, venciendo las ansias de resultados, sometidos a la voluntad de Dios. "Lo que Vos queráis, Señor, sea lo que Vos queráis" (Card. Newman) Escuchemos esta sensata advertencia de la Iglesia primitiva: "Si Dios premiase enseguida a los justos, la piedad se convertiría en un negocio; daríamos la impresión de que queremos ser justos por amor al lucro y no por amor a la piedad"⁶³.

Dios nos otorga sus dones generosa y gratuitamente, no porque hagamos méritos ante él en la oración, o porque le convenzamos con nuestras peticiones. Mientras le concebimos como un Dios-que-ayuda ("tapahuecos"), no hemos roto el círculo de nuestro egoísmo; ofendemos a Dios no negándole, sino haciéndole manejable y a nuestra disposición. Aquí no queda espacio para el misterio, a Dios no se le honra con muchas de nuestras prácticas religiosas⁶⁴.

⁶² *De oratione dominica*: PL 4, 521s.

⁶³ "De la homilía de un autor del siglo segundo", cap. 18, 20, en *Breviario español*, IV, 418

⁶⁴ Deberemos decir con el himno litúrgico: "Para que no me busque a mí cuando te busco y no sea egoísta mi oración..." (J. L. Martín Descalzo)

Se da un fuerte contraste con la mentalidad utilitarista de nuestra civilización, con la que difícilmente se casa el “despojo total” de los místicos, los grandes conocedores y expertos en Dios. “*No se inquieten pensando qué van a comer o a beber para subsistir... A cada día le basta su preocupación*” (Mt 6 25.34)

La Palabra de Dios nos pone sobre la pista para responder a la cuestión de la productividad de la oración. Recordemos y repitamos: primero, Dios nos es ajeno a nuestras necesidades: “*Ya sabe el Padre celestial lo que necesitáis*” (Mt 6, 32); por otra parte, no olvidemos que es el Padre con el que dialogamos en la oración, y “*el Padre del cielo dará cosas buenas a los que se las pidan*” (Lc 11, 13; Mt 7, 11), y tercero: debemos despojarnos de todo nerviosismo e inquietud al orar a Dios: “*No os inquietéis por el día de mañana, que mañana tendrá su propia preocupación*” (Mt 6, 34) Equipados con estas pautas evangélicas, nuestra oración se transformará totalmente; dejemos a Dios que él elija las acciones y los tiempos, el programa de acción y su calendario.

Hay que hacer callar a la mente (vaciar de las propias ideas) para que hable el corazón ante cuestiones como ésta: ¿Qué utilidad tiene la adoración? Es una convicción de fe que el que adora a Dios no pierde el tiempo, y que “el silencio madura la espera” (Himno litúrgico) y prepara en nosotros el recuerdo de Dios (Cf. Tit 3, 13) El “*Santo, santo, santo*” que se canta eternamente en el cielo (Cf. Is 6, 4) puede comenzar ya ahora, en la tierra, con notable provecho para nosotros y con la aprobación de Dios.

Dios cumple su palabra: “*Pedid, buscad, llamad...*” (Mt 7, 7; Lc 11, 9-13) Dios siempre responde, no se hace el sordo, siempre nos da algo, de ello debemos estar seguros, pero no siempre nos dará lo que pedimos porque, como indicamos antes con palabras de san Agustín, pedimos mal. Pensemos en un padre humano: no da a su hijo pequeño un arma que puede hacerle daño. Nunca se vuelve de la oración con las manos vacías. La fortaleza y la esperanza salen reforzadas. La seguridad y la alegría de que Dios Padre nos escucha y nos concede lo que nos conviene no pueden quedar empañadas por no haber conseguido lo que nosotros hemos pedido.

Todo esto tiene sentido desde la óptica de la fe y de la esperanza, y solo puede entenderse si se ha asimilado el principio de la gratuidad; este principio es absolutamente necesario para entender a Dios. Hay que hacer el camino de la fe y fiarse de Dios para llegar a comprender la eficacia de la oración.

Y no olvidemos que la oración siempre es atendida por Dios, aunque no nos conceda lo que pedimos. Nunca salimos de la oración como entramos, se cumple lo que dice el profeta: “*La amargura se me volvió paz*” (Is 38, 17), se recobra la paz perdida o se suaviza la herida dolorosa como han experimentado

infinidad de veces las almas sencillas. La oración actúa como sedante en el dolor, en la contrariedad, en el fracaso, en las situaciones de mayor desolación, y nos recuerda que nunca estamos solos, abandonados de Dios, que siempre está disponible para escucharnos, acogernos, ayudarnos.

Merece la pena escuchar este extenso testimonio de san Agustín dirigido al hombre peregrino hacia la patria para que conjugue la promesa, la alegría, la fe, la esperanza y la posesión del bien apetecido: “¿Qué se nos da? ¿Qué se nos manda? ¿Qué se nos otorga? Que nos alegremos con el Señor ¿Quién puede alegrarse con algo que no ve? ¿O es que acaso vemos al Señor? Esto es aún solo una promesa, estamos guiados por la fe, no por la visión clara... Entonces será la alegría plena y perfecta, entonces el gozo completo, cuando ya no tendremos por alimento la leche de la esperanza, sino el manjar sólido de la posesión. Con todo, también ahora, antes de que esta posesión llegue a nosotros, podemos alegrarnos ya con el Señor. Pues no es poca la alegría de la esperanza que ha de convertirse luego en posesión. Sin embargo, poseemos ya ahora las primicias del Espíritu, que son como un acercamiento a aquel a quien amamos, como una previa gustación, aunque tenue, de lo que más tarde hemos de comer y beber ávidamente”⁶⁵.

Señor, cura nuestra impaciencia cuando oramos pidiéndote algo, y haznos saborear el gozo, que nos das ya ahora como arras del gozo pleno y definitivo, de saber que estás a nuestro lado, que nos escuchas como Padre y compartes nuestra situación.

El difícil tema de la eficacia de la oración se clarifica desde la Palabra de Dios. En efecto, la impaciencia del orante porque no recibe cuanto pide al Señor contrasta con la paciencia de Dios en su relación con el hombre. A este tema de la paciencia de Dios penas se le concede espacio en la teología académica, sin embargo, es básico para entender la historia de la salvación y para la vida espiritual del creyente. Goza, por otra parte, de una amplia cobertura escriturística. Algunos datos básicos:

“*Dios es paciente*” (Rom 3, 26) afirma el Apóstol, de modo especial ante los pecados cometidos por el pueblo. Más aún, “*Dios soporta pacientemente*” (1 Pe 3, 20) a quienes no comparten sus planes ni hacen su voluntad. Hay en la Escritura una estrecha relación entre la fe y la paciencia: “*Sean que su fe, al ser probada, produce paciencia, y la paciencia logrará su objetivo*” (Sant 1, 3), este pensamiento responde al creyente que pide y no recibe inmediatamente lo pedido, pero no por ello debe decaer su esperanza en Dios.

⁶⁵ Sermón 21

Pero hay un pasaje que afronta el tema que obsesiona al creyente: el Dios que no responde. Escuchemos: *“No es que el Señor se retrase en cumplir su promesa como algunos creen; simplemente tiene paciencia con nosotros...”* (2 Pe 3, 8). Solo Dios sabe el momento oportuno para actuar en provecho nuestro. Lo seguro y consolador es saber que *“somos salvados gracias a la paciencia de nuestro Señor”* (2 Pe 3, 15)

La paciencia (la nuestra y la de Dios) es necesaria para que se cumpla en nosotros la promesa divina de salvación (Cf. Heb 10, 36.39) La fe es la clave. A la luz de la fe, como los justos del AT, se ve *“de lejos”*, basados en la promesa, lo que un día será realidad (Cf. Heb 11, 13.15).

EPILOGO. A MODO DE “MEA CULPA” DEL ORANTE

1.- Actitud contemplativa y suplicante del orante. “Deja un momento tus ocupaciones, hombrecillo, entra un instante en ti mismo, apartándote del tumulto de tus pensamientos. Arroja lejos de ti las inquietudes que te oprimen. Reposa en Dios un momento, descansa si siquiera un momento en él.

Di al Señor: “Enséñame a buscarte, muéstrame tu rostro, porque, si tú no me lo enseñas, no puedo buscarte. No puedo encontrarte si tú no te haces presente. Te buscaré deseándote, te desearé buscándote; amándote te encontraré, encontrándote te amaré”⁶⁶.

2.- Nuestra oración deficiente. “Me acuso de haberme hecho un Dios fácil, dócil, comprensivo, manejable, reflejo solo de mis propios deseos, condición de mis éxitos, instrumento de mi gloria. Me acuso de haberme hecho un dios de bolsillo, cómodo y barato.

Me acuso de haber hablado en nombre de Dios, pensado en nombre de Dios, cuando, en realidad, pensaba, hablaba y obraba en nombre puramente mío. Me acuso de haber usurpado su firma y, sobre todo, su sello”⁶⁷. “Mea culpa”.

⁶⁶ San Anselmo, *Proslogion*, cap. 1.

⁶⁷ C. G. Vallés, *O. c.*, 59-60.